



DE LA TIERRA AL CIELO... O VICEVERSA

DIOSES

Jesús Salvador Giner

jsginer@gmail.com

Todos tenemos nuestro Dios. Difiere en aspecto, en nombre, en si se convierte o no en una la religión bajo la que se adscribe su culto, en si iglesias y temples divulgan su mensaje y son puntos de reunión de la feligresía, en si emergen líderes que hacen suyo aquel mensaje y de qué modo se les trata (con pan o con oro...)



Todos tenemos nuestro Dios. Difiere en aspecto, en nombre, en si se convierte o no en una la religión bajo la que se adscribe su culto, en si iglesias y temples divulgan su mensaje y son puntos de reunión de la feligresía, en si emergen líderes que hacen suyo aquel mensaje y de qué modo se les trata (con pan o con oro...) a ellos y a sus seguidores (como corderillos o sujetos autónomos...). En fin, es tanta la variedad de divinidades y religiones asociadas que, como ya sabemos, hay un dios para cada hombre.

El mío no esconde su rostro, ni elude la llamada de auxilio: lo vemos a diario; se nos muestra, solícito, en cuanto despunta el día (en realidad debería decir que *gracias a él* despunta el día...). Una luz cegadora inunda la Tierra en cuanto aparece y da vida al clima, a las plantas, a los animales... y a nosotros. Sin él no habría nada de lo existente a nuestro alrededor. ¿Es pues, o no, un Dios?

Muestra su cara manchada (no olvidemos las gafas para eclipses o los filtros adecuados, desde luego...) a

quien tenga un minuto libre, esa cara que fue en su día dogma de perfección absoluta, cara que Aristóteles, y antes que él Platón y los pitagóricos, concibieron como un disco impoluto, símbolo de la incorruptibilidad cósmica... La pifiaron, claro, pero no se supo hasta casi dos mil años después. No hay nada más grande que el Sol: los mismos pitagóricos recitaban las oraciones al alba en su dirección, agradecidos por su energía y luz. Ignoraban el hecho de que ellos mismos procedían de ese oblea luminosa, pero su pasión mística, de algún modo, ya se lo había sugerido, con la fuerza de una verdad racional.

Ése es mi dios. Dios emana del Sol, Dios *es* el Sol. Y el Sol *es* Dios. Unos le llamaban Ra, otros Huitzilopochtli, Aditya, Helios o, algunos más, Inti. El mote varía; la esencia es la misma. Ante Él rezo, a veces; no para pedir salud ni favores egoístas, sino para que no deje nunca de brillar, de iluminar, de caldear espíritus y revelarnos el mundo en que vivimos. Él brilla para todos, sin excepción. No sabe de feligreses, de órdenes, de congregaciones ni hermandades. O para todos o para nadie. Ciertas religiones podrían aprender de Él...

Prefiero la visión de un ocaso sencillo y perfecto, como el de la imagen, a cualquier sermón eclesial desde el púlpito. “Pero, si no tiene nada que ver”, objetarán algunos. Pues no; creo que están equivocados. Porque, por increíble que pueda parecer, el mensaje transmitido por uno (Él) y otro (él) es el mismo: ambos hablan de la grandeza del Creador, de su clarividencia, su bondad (aquel, sin embargo, no rechaza sugerir, también, su ocasional y necesaria dureza...) y de su amor. Ambos comunican verdades acerca de Dios; sólo que Uno es mudo, deja que sea el que le siente y observa quien lo perciba (y lo sepa), mientras el otro lee un texto sagrado con el fin de persuadir y domar. La verdad es idéntica; pero la forma de llegar a ella, completamente distinta.

Una vez me topé con un par de educadísimos, respetabilísimos y perfumadísimos testigos de Jehová... Muy jovencitos, y con acento inglés, me obsequiaron con unos folletitos a color y me hicieron algunas preguntas extremadamente capciosas, como: “¿sabe usted que Dios está en su interior?”. Yo les respondí que sí, por

supuesto, que sentía a Dios (el mío, ése que refulge en el cielo y palpita en todos lados...) en mi interior, ardiente, muy ardiente... Abrasador, incluso. No les interesaba mi respuesta (ellos ya tenían la suya, claro; tenían todas las respuestas, de hecho...), que en cualquier caso no entendieron (frunciaron el entrecejo y se largaron cuando les dije que era panteísta...): sólo querían apresar, capturar, y convencer. A mí o a quien fuese. Pero, ¿Él actuaría así? ¿Alguien se puede imaginar a Dios tratando de persuadir, de *catequizar*, de adoctrinar? Yo no, desde luego.

Dios. Dios. Dios... El término evoca tanto como poco podemos expresar de Él. Del Sol podemos decir mucho, por supuesto; pero del Dios-Sol, casi apenas nada. No se trata de revelar, de capturar o de convencer (no, nosotros no...). Cada cual que vea, sienta, sufra y goce de su Dios a su modo, pero que no pierda la ocasión de hacerlo, si puede, y si quiere. Aunque siempre esté ahí, eterno e infinito (el Dios-Sol lo es), no será así en nuestro caso, y hay que aprovechar.

En verano, cuando muere la tarde, me siento en mi chabola de Marxuquera a contemplar el ocaso del Sol (no el Suyo, pues Él no desaparece nunca...), y digo adiós al astro rey. Se oculta bajo el horizonte quemado y, entonces, cuando todo en el exterior se ha extinguido, surge una imagen (interior), un sentimiento (interior) y un anhelo (interior) de unión. Miro y *Le* veo. Y *Me* veo. “Panteísmo pagano cósmico”, podríamos decir. O, con menos petulancia, simplemente: Él, yo y Todo.

Amén.

(Crédito fotografía: Juan Manuel Pérez Rayego, perezrayego@gmail.com)